

## El último libro de J. L. Borges

Escribe: **POLICARPO VARON**

Una de las sorpresas inesperadas que depara la lectura del ensayo de Guillermo Sucre —“Borges el poeta”— es el descubrimiento de que Borges no es, como corrientemente se piensa, ni un erudito, ni un conocedor de todos los rincones de la literatura universal. El profundo conocimiento que Borges tiene de ciertos textos ilustres y la manera personal que acostumbra para hablar de ellos, han contribuído a la prosperidad de esa falsa versión. Guillermo Sucre anota, además, que Borges simula una falsa erudición y que esta es una de las expresiones favoritas del humor y de la ironía suyos. Otra sorpresa, no menos inesperada pero más vieja, es encontrar a Borges, en los comienzos de este siglo, (moría el modernismo, aún vivía Lugones) formando parte de la vanguardia poética latinoamericana (la sorpresa no mayor si se tiene en cuenta que Octavio Paz viene hablando de Borges y de Lezama Lima hace varios años como los continuadores de la revolución poética que abrieran Darío, Huidobro, etc.). Sucede que el Borges poeta de este libro (*Elogio de la sombra*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1969) no recuerda en nada al ultraísta de entonces. Esto no tendría importancia ninguna si las equivocaciones de antaño no sirvieran para alimentar la poesía de ahora, con esa ironía que a Borges le es natural, a propósito de una “Invocación a James Joyce”:

*“Fuimos el imaginismo, el cubismo,  
los conventículos y sectas  
que las crédulas universidades veneran.  
Inventamos la falta de puntuación,  
la omisión de mayúsculas,*

*las estrofas en forma de paloma  
de los bibliotecarios de Alejandría.  
Ceniza la labor de nuestras manos  
y un fuego ardiente nuestra fe”.*

Borges descubrió (como Alfonso Reyes) que todo lo nuevo está en los viejos libros y por eso descreo de toda forma de snobismo. Su poesía perdió seguramente la audacia y el efecto rápido que caracterizan a las vanguardias no perdurables, pero ganó en hondura, se adelgazó, se volvió esencial. Cayó la ceniza, el fuego se consumió pero quedó la fe. Este último libro de Borges es una declaración de fe.

Al pedido que le hace el editor de que declare su estética, Borges no accede, es destruir la posibilidad de otra estética. Dice que es pobre y que no tiene voluntad para tal empresa. Enumera sus astucias favoritas, aprendidas a lo largo de años de una labor sin prisa y sin pausa: “eludir los sinónimos, que tienen la desventaja de sugerir diferencias imaginarias; eludir hispanismos, argentinismos, arcaísmos y neologismos; preferir las palabras habituales a las palabras asombrosas; intercalar en un relato, rasgos circunstanciales, exigidos ahora por el lector; simular pequeñas incertidumbres, ya que si la realidad es precisa la memoria no lo es; narrar los hechos (esto lo aprendí en Kipling y en las sagas de Islandia) como si no los entendiera del todo; recordar que las normas anteriores no son obligaciones y que el tiempo se encargará de abolirlas”.

Este es el quinto libro de versos que publica Borges. “A los espejos, laberintos y espadas que ya prevé mi resignado lector se han agregado dos temas nuevos: la vejez y la ética”, explica Borges en el prólogo. Esos dos temas están prefigurados en estos versos de su “Arte poética”:

*“Convertir el ultraje de los años  
En una música, un rumor y un símbolo”.*

El *Elogio de la sombra* es el libro de un poeta que vuelve de vastas lecturas y de pocas experiencias vitales como no sean las de la literatura; un libro de reencuentros, de nuevos acercamientos, de descubrimientos recordados.

Textos en verso y textos en prosa comparten las páginas del libro sin destruir la unidad esencial. El arte de Borges ha alcanzado una armonía clásica, la mirada se ha purificado, la pasión está aquilatada, el entusiasmo, la emoción, el sentimiento acordados para exaltar, para ejercer el canto “inmortal y pobre” de la poesía.

En definitiva, lo que Borges afirma en este libro es su figura moral, el contenido ético de su poesía (ya ha anotado Guillermo Sucre que Borges se encamina en la poesía más que en la prosa a una visión, sobre todo ética, del mundo), el acuerdo con el mundo, con el hombre y con la muerte. Un hecho infrecuente en la poesía latinoamericana, en el escritor nuestro (excepción hecha de José Lezama Lima, el poeta católico cubano) y constante en literaturas cuya tradición ha sido influida por la religión; la literatura anglosajona, por ejemplo. Esa afirmación moral está en los poemas más íntimos del libro, sobre todo en el que presta su título al volumen; en un poema dedicado parece, al suicidio de Lugones; en el poema titulado “Una oración” —Borges dice en él: “quiero ser recordado menos como poeta que como amigo”—, textos con los cuales Borges se acerca a la esperada muerte “sin esperanza y sin miedo...”.